

tellano pasó al Nuevo Mundo en la época de su mayor esplendor literario, y que los españoles lo guardaron allí con el mismo cariño filial con que los peninsulares, que tuvieron y tienen el sentido de la expresión clara y donosa, le han guardado en España de entonces acá. Parecen ignorar que las lenguas se desenvuelven conforme a leyes conocidas o desconocidas sobre las cuales tienen apenas influjo las Academias y los cenáculos.

La América Española tiene el mismo derecho de desenvolver su idioma, conforme a las necesidades y a las influencias del medio, que tuvieron Rumanía y España para desenvolver el latín recibido de los romanos. No es posible exigirle a un hijo de la Habana, por ejemplo, que deje sin nombre objetos de la naturaleza que no existen en España, mientras una determinada corporación matritense no haya resuelto bautizar esos objetos. Tampoco se puede insistir en que los americanos sacrifiquen el uso de bellos modos de decir antiguos, todavía populares en aquellas comarcas, a la decisión académica que los declara anticuados, simplemente porque ya no se hace uso de ellos en los pasillos de los teatros madrileños o en los discursos del Congreso. España tiene veinte millones de habitantes. Hay en América de habla española cosa de 56 millones. Siguen algunos de aquellos países el curso de las ideas con más diligencia que España y aplican las conquistas de la ciencia y de la experiencia a las necesidades de la vida con más determinada previsión y con más alacridad que suelen hacerlo los españoles. Se lee más en América que en España. Hay allí poetas, novelistas, historiadores, filósofos, que son prez y honra de la raza. Los filólogos americanos de valor mundial y de orientación científica surgieron a la vida antes que los españoles de la misma ocupación y envergadura.

¿Qué justifica, pues, esa actitud de superioridad que proscribió, en las tinieblas, la lengua y la producción americanas? Colombia, Venezuela, Bolivia, Méjico, Uruguay, se ufanan a voz en cuello de seguir humildemente las prácticas y los preceptos del literato español, a tiempo que el literato español de ciertos cenáculos alza los hombros y mira con ceño, por debajo de los anteojos, a cuantos poetas, novelistas o dramaturgos ejercen su actividad al otro lado del Atlántico. Una obcecada intransigencia política, una ceguera imperialista, contribuyeron a cortar hace un siglo los lazos de comunidad nacional existentes entre España y América. Basta mirar hacia atrás con ánimo desprevenido para comprender que una visión más generosa de las aspiraciones generales de

la raza y del sentimiento de la propia estimación que surgía entre los pueblos americanos les habría dado a los estadistas españoles de 1810 a 1825 la clave para resolver el problema de la fraternidad entre los pueblos de una misma raza. Faltó esa visión generosa y se deshizo un grande imperio. Queda

un lazo que es la lengua: estamos en peligro de que los académicos, los academizables, con más empeño, y los escritores incapaces de sentir las necesidades del idioma, lleguen a cortarlo.

B. SANÍN CANO

De "Notas de viaje"

EN GUATEMALA

UNA caravana de indiecitos va trotando por la Octava Avenida.

Es un trotecito suave, rítmico, avanzador, y no extenuante. Cuando los transeuntes les dificultan el tránsito, andan como nosotros; para reanudar su trotecillo, apenas hallan paso libre.

Las mujeres llevan sus niños, pendientes hacia atrás o hacia el lado izquierdo, en una como hamaca de tela, que les llega hasta más abajo de la cintura. Los bebés, pacientes, agueridos desde que nacen, se adormecen o duermen al ondular del trote maternal.

Estos indios son finos, pequeños, delgados, todo nervios. Su piel atezada, mate, oscura con leve tinte róseo, habla del aire y del sol, de la llanura y la montaña, del sueño bajo la guarda de las estrellas, y del caminar tempra-

nero, a las primeras dianas del gallo y de la *aurora*. Es ésta una avecita semi-nocturna, muy parecida a la *lechuzca*, poco más grande que una cordoniz. Desde las cuatro de la madrugada o un poco antes, comienza a llamar a nuestros campesinos, a que emprendan el trabajo del día. Este pájaro, madrugador como el labriego, de sencilla apariencia y canto humilde, quedaría muy bien como símbolo de la raza india, en nuestro futuro escudo de Centro América.

El trotar de los indios ¿viene de la necesidad de recorrer largas distancias? Quizá no; será más bien que hallaron, desde siglos, la ley del ritmo, aplicada a sus movimientos en las diarias y dilatadas jornadas. Un pueblo cuya industria es ir y venir lejanamente, llevando a cuestras su comercio y sus niños, debió, por instinto y por necesidad, estudiar todos los secretos de la marcha, y descubrir todas las virtudes recónditas del movimiento musical y acompasado. Y tan adentro fueron en el conocimiento de esta ciencia maravillosa, que, si por acaso van libres, sin carga ninguna, se lastran con algunas piedras echadas adentro del *cacaste*, para suplir así, en una moderada proporción, el peso habitual de sus jornadas. Saben estos indios, que los órganos se atrofian por el desuso, y que, por el contrario, el ejercicio constante, periódico, desarrolla fuerzas y destrezas increíbles; y así como Víctor Hugo practicaba fielmente su consigna de *ni un día sin su línea*, y Edison cumple la suya de *ni un día sin sus catorce horas de trabajo*, (sin exceptuar el día de su natalicio) así estos nómades heroicos no marchan nunca sin llevar alguna carga, para que el cuerpo y la voluntad no se les aflojen, y para que el trabajo no les resulte maldición sino hábito.

Tal como su andar es veloz y su trabajo rudo, así es su descanso de reparador y confortante. El ritmo de su carrera imprime a su sueño la virtud de una profunda restauración, y el desgaste diario, intenso e igual de sus tejidos, hace que la materia de su cuerpo se renueve rápida y totalmente en breves años. Y es así como de su andar musical, fluyen calladamente su



ALBERTO MASFERRER

Secretario de la Delegación Salvadoreña a las Conferencias de Plenipotenciarios Centroamericanos, reunida en estos días en San José de Costa Rica.